



PENELOPE
GREEN

LA CANCIÓN
DE LOS NIÑOS PERDIDOS

BÉATRICE BOTTET

www.literaturasm.com



Título original: *Penelope Green. La chanson des enfants perdus*

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Teresa Tellechea

Diseño y coordinación gráfica: Lara Peces

Traducción del francés: Isabelle Marc

© del texto: Béatrice Bottet, 2011

© Casterman, 2011

© Ediciones SM, 2013

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

*Londres, década de 1880,
diciembre*

James Alec Green se estaba muriendo.

«Me voy a quedar sola, completamente sola», pensó sorprendida y perpleja su hija Penélope, que lo velaba junto a su cama.

–Penny –dijo su padre con voz débil, en medio de un ataque de tos–. Creo que es hora de ordenar mis carpetas de trabajo. ¿Puedes ir a buscarlas?

–Papá, tienes que descansar... Nos ocuparemos de eso más tarde.

–No, ayúdame a apoyarme en los almohadones.

En la habitación de James Alec Green ardía un buen fuego. En la bonita casa londinense hacía un calor sofocante. Fuera, diciembre traía consigo corrientes de aire frío y húmedo que arrastraban una nube de polvo denso. En los barrios bajos, los pobres debían de estar muriendo de frío.

Pero James Alec Green, periodista e investigador del *Early Morning News*, era rico y en su casa no se escatimaba ni en leña ni en carbón.

–Penny –jadeó el enfermo cuando la joven volvió cargada con carpetas de colores–, he hecho todo lo que he podido por ti, por tu futuro.

–Lo sé, papá, gracias.

–El notario lo ha dejado todo arreglado. Te he dejado todo a ti: estás emancipada, no tendrás tutor, ni carabina, ni marido. Eres joven, eres lista, eres libre. Podrás llevar tu vida como te plazca.

¿Libre? ¿Se es libre cuando se es chica y se va a quedar una sola en el mundo? Penelope se esforzó en poner buena cara para que la última imagen que viera su padre no fuese un rostro enrojecido y lleno de lágrimas.

Puso las carpetas en sus rodillas y leyó los títulos en voz alta. Su padre le hizo ordenar los documentos en montones, indicándole a qué servicio o a qué colega debía dárselos. Al final, solo quedó un informe titulado *21 Foxglove Court*.

–Y por último, queda este –anunció Penelope mientras abría la carpeta.

–¡No lo mires! –exclamó entonces James Alec Green con un sobresalto inesperado–. Dame eso.

Cogió la carpeta, pero cayeron al suelo varios papeles, algunas fotografías, recortes de periódico y cartas.

–¿Qué es eso? –preguntó intrigada Penelope mientras los recogía.

–Nada que pueda interesarte –respondió Green mientras se apresuraba a meter en la carpeta los papeles que ella le tendía, como si quisiera disimularlos–. Ayúdame a levantarme.

–Papá, sé razonable.

–¡Haz lo que te digo!

Con el informe *21 Foxglove Court* fuertemente agarrado, se dirigió hacia la chimenea. Entonces, con un gesto brusco, lo arrojó todo al fuego. Las llamas refulgieron con vigor y, al instante, ante la mirada atónita y triste de Penelope, de todo aquello no quedaron sino cenizas.

–Ya está –dijo Green con una especie de sollozo mientras se volvía a acostar–. Así estaremos tranquilos. Así *tú* estarás tranquila.

–Pero ¿por qué, papá? Ese informe parecía importante.

–Muchos años de esfuerzos... –murmuró con dificultad Green–. No hay que volver a pensar en ello, es demasiado tarde. Ya no tiene importancia. Déjalo...

El desgraciado ya no conseguía terminar las frases. Su rostro estaba lívido. La pulmonía lo llevaba lentamente a la muerte.

Años de esfuerzos. ¿Qué querría decir con eso?

James Alec Green tomó aliento, su respiración se hizo más regular y su hablar más claro.

-No pienses en eso, Penny.

-Papá, hace ya muchos años que empezaste a enseñarme la profesión de periodista. Podía haber retomado esta investigación si...

-Rotundamente, no. Olvídate de ese caso para siempre. Todavía tengo que hacerte algunas recomendaciones, hija mía, mientras esté a tiempo.

-Bien, papá.

-En primer lugar, no llores. O, por lo menos, no durante demasiado tiempo. Que te vistas de negro no me hará volver.

-Papá, no exageres.

-Intenta ser una buena periodista. Eres tan joven... Las mujeres no lo tenéis fácil en ese campo, pero tú puedes conseguirlo...

Volvió a toser. Se había caído al Támesis durante su última investigación. Tenía más de cincuenta años y no estaba en buena forma física. El agua, densa y helada, y las brumas insalubres que envolvían la capital habían acabado con su ya debilitado organismo. Estaba lúcido: sabía que era muy probable que no sobreviviese y había hecho todo lo necesario para que Penelope se pasara sin tutor ni marido. Solo un lejano notario velaría por ella y le enviaría su renta todos los meses.

-Serás feliz -le dijo.

-Trabajaré -respondió ella-. Seré una buena periodista.

-Sobre todo, no cometas imprudencias, Penny.

-Papá, sobre esa investigación...

James Alec Green gruñó.

-No, Penny, no...

Ella creyó que se trataba de los últimos espasmos de su agonía, pero solo estaba intentando disuadirla de seguir con la investigación sobre Foxglove Court.

Desgraciadamente, no pudo explicarle nada más. Agonizó entre jadeos. Diez días antes de Navidad murió, con la mano de su hija entre la suya, sin haber recobrado la consciencia, murmurando:

–Que el cielo me perdone...

Ahora sí, Penelope estaba sola. Realmente sola. Apretó los dientes. Sería digna de las recomendaciones y de las enseñanzas de su padre. Se mostraría inglesa hasta la médula: respetable a la vez que valiente, seria, vital y, si hiciera falta, de humor sarcástico. Eso era, al menos, lo que se decía limpiándose nerviosamente las lágrimas.

Llevó luto durante dos meses. Aprendió a contener su pena y su soledad, que tan solo acababan de empezar. Se debatía entre los formalismos y las necesidades urgentes. Debido a su situación, pronto fue más madura de lo que indicaba su partida de nacimiento, y se esforzó por rodear su edad de una cierta ambigüedad. Decidió que eso sería lo más sencillo en muchas situaciones y que le facilitaría su futuro profesional. Así que se esforzó en aparentar ser mayor de lo que era y en dar una imagen de determinación y de total seguridad en sí misma.

Después, la primavera intentó penetrar en la ciudad a pesar de la densa niebla. Y Penny pensó que había llegado la hora de suceder a su padre en el *Early Morning News*, proponiendo espontáneamente al redactor jefe una buena investigación y un buen artículo.

Pese a lo que hubiera pensado su padre, no le costó demasiado encontrar una idea. Pero no se imaginaba adónde la llevaría la investigación sobre el número 21 de Foxglove Court.

CAPÍTULO 1

*Unos meses después de la muerte de Green,
el 9 de abril*

–Yo me quedo aquí –dijo el hombre desde el pescante con un irritante aire de superioridad.

–Habíamos dicho hasta Foxglove Court –replicó Penelope con su tono más glacial–. Y le recuerdo que le he pagado por adelantado.

Cuando la situación lo requería, no le importaba utilizar ese tono autoritario y altanero de las chicas de la alta sociedad, que le salía de maravilla.

–Me da igual –dijo el cochero–. Yo no avanzo más. Ni él tampoco –añadió señalando con la barbilla al pobre caballo inmóvil–. Dígaselo a él. Estos barrios no están hechos para él. El coche no cabe por ahí. Las calles son demasiado pequeñas, demasiado estrechas.

–Y sobre todo tienen mala fama, ¿no?

Porque Penelope se daba perfecta cuenta de que se estaban acercando a un mal barrio. En realidad, cuando le había dado la dirección al cochero, no tenía ni idea de dónde estaba Foxglove Court.

–Perdone por meterme donde no me llaman, señorita, pero no sé qué hace usted en un sitio como Foxglove Court.

«Es asunto mío y, en efecto, a usted no le atañe», dijo la joven para sí.

–Yo no voy más allá –repitió el cochero mientras ella se acurrucaba en su asiento, exigiéndole que continuara.

Pero fue en vano.

El hombre bajó del pescante y abrió la puerta haciendo una reverencia.

Penny bajó de mala gana mientras el cochero la dejaba allí plantada y volvía a su asiento. El coche se alejó hacia barrios más seguros.

Miss Penelope Green se encontraba ahora en medio de los laberínticos barrios del East End, donde, según la gente acomodada, había tantos súbditos honrados de Su Majestad como pelos en la cabeza de un calvo.

El East End. Un periodista había encontrado esta expresión, que hacía furor, oponiéndolo al rico West End, el barrio aristocrático y residencial. El East End era un conglomerado de barrios que iban de lo pobre a lo miserable: Bethnal Green, Stepney, Spitalfields, Shadwell y los muelles, Limehouse, Whitechapel... Eso era el East End.

«21, Foxglove Court». Esa era la única información que tenía Penelope. No podía ser más sucinta. Había vuelto a buscar entre las notas de su padre, pero no había encontrado nada: ni un nombre, ni una seña, ni la más mínima alusión a un caso pasado o actual.

Miró la bóveda ante la que la había dejado el cochero. Situada entre dos paredes de ladrillo sucias, se extendía como un pasillo por el que no cabían dos personas de frente. Al fondo, unos metros más allá, podían verse viviendas de aspecto sórdido. Pero había llegado hasta allí para saber qué se tramaba en Foxglove Court, ¡y lo sabía, palabra de Penny!

Respiró hondo para infundirse valor y avanzó hacia el pasaje abovedado. Una música fuerte y alegre la sorprendió en su primera incursión en el East End. Se quedó paralizada por un instante. ¡Aquel barrio sucio le daba la bienvenida con música!

La música, alegre y pegadiza, contrastaba totalmente con el lugar. Penelope se recogió la falda y aceleró el paso, curiosa, hacia el lugar de donde procedía aquella melodía imprevista y mágica, completamente desconocida para ella. A pesar del fango, sus pequeños botines se dirigieron solos hacia aquel sonido. Dos calles extrañamente trazadas se

abrían en una plaza un poco más amplia, en forma de concha, donde tocaban un puñado de músicos que debían de tener más o menos su edad.

Dos violinistas, un chico y una chica, saltaban al ritmo de la música y sonreían a los transeúntes que, como Penelope, se habían acercado hasta allí. El chico, castaño claro, llevaba una gorra de cuadros. La chica tenía el pelo rizado y pelirrojo. Apoyados en el muro de una leprosería, un contrabajista desaliñado y una chica delgada con timbales y tamborín marcaban el ritmo. Sentado sobre una caja, un acordeonista de unos cincuenta años tocaba aceleradamente. Del sombrero se le escapaban mechadas de pelo y llevaba un gran abrigo negro que se movía al compás de las ráfagas de viento. Otros músicos, todos jóvenes, con la mirada un tanto perdida, esperaban su turno, instrumentos en mano. ¿Sería el acordeonista su padre? Parecía poco probable. Los jóvenes de la orquesta no parecían tener nada que ver entre sí salvo sus miradas soñadoras, unas sonrisas sin alegría y la forma maravillosa en que tocaban aquellas melodías irreales. Desde luego, no eran hermanos.

La melodía que se escapaba del acordeón le habría arrancado las lágrimas hasta a las piedras. Penelope puso atención y se dio cuenta de que no eran los violines los que dirigían la orquesta, sino el acordeón.

«¡Qué música tan maravillosa!», pensó, sorprendida.

Penelope había aprendido a tocar el piano, había sufrido las escalas, había padecido con los arpeggios, había penado con las partituras para jovencitas antes de llegar a Mozart. Desde luego, aquella música era muy diferente de todo lo que conocía.

La melodía terminó *in crescendo*, entre aplausos. Después tocaron tres o cuatro canciones más del mismo estilo.

Al cabo de un cuarto de hora, cuando terminó el concierto, los violinistas saludaron. La chica pelirroja, con un gesto travieso de su arco, le quitó la gorra a su compañero y luego la recogió con una pequeña reverencia para después pasarla entre el público, que echó algunas monedas.

Precipitadamente, Penelope buscó monedas en su bolso, pues la chica se estaba acercando a ella. Al echar un buen puñado de monedas a la gorra, dirigió al acordeonista una sonrisa tímida. El hombre se la devolvió con un gesto de cabeza. Entonces, ella le dijo:

–Me gusta mucho la música de esta orquesta. Me gustaría aprender a tocar así.

–Gracias. Puedo enseñarle, si quiere...

Era el típico comentario del que no se esperaba otra respuesta que una sonrisa que significara: «Es un decir».

La gente se dispersó, otros músicos entraron en el círculo y afinaron sus instrumentos, otros espectadores se agruparon en torno a ellos. Empezaron a tocar otras melodías, pero Penelope Green no estaba allí para asistir a conciertos. Tenía que encontrar una dirección y llevar a cabo una investigación. Era media tarde y no quería seguir en el East End cuando anocheciera.

Se alejó de la música para adentrarse con prudencia en aquellas calles en busca de Foxglove Court. Tan pronto miraba al suelo, al barro y las inmundicias, como levantaba la vista en busca de una placa con el nombre de la calle o de algún letrero. Pero no había nada.

¿Dónde estaría Foxglove Court? Todas aquellas miserables calles se parecían entre sí, con sus tristes casas de ladrillo ennegrecido, calles estrechas con baches, llenas de barro, basuras y charcos malolientes. De vez en cuando, en la esquina de alguna callejuela, surgían tiendas sombrías y sucias, de las que uno se preguntaba con sorpresa qué maravillas podían ofrecer. También se veían letreros con tres bolas que indicaban los puestos de los prestamistas, y pubs que intentaban atraer la atención con ventanas de colores, quinqués encendidos aunque mortecinos, e incluso letreros dorados. Surgían ruidos, olores, gente extraña, seguramente malhechores. Se cantaban canciones y se gritaba. Eso era lo único que Penelope podía percibir con una ojeada furtiva a las ventanas oscurecidas. Dio rodeos precavidos al pasar ante esos pubs de los que podía salir cualquier marinero achispado, cualquier prostituta que hubiera abusado de la ginebra, cualquier

obrero que se hubiera gastado allí su pobre salario. Lo más bajo de la sociedad. Un mundo del que por supuesto, conocía la existencia, pero con el que nunca había tenido que tratar. Los libros y los periódicos describían la indigencia de los suburbios, los servicios de beneficencia alertaban a la opinión pública y presionaban al gobierno para que cesara el escándalo de aquella miseria y aquel horror cotidianos. Penelope había leído algo sobre ello, pero nunca se hubiera imaginado que la realidad sería así: esas calles infames, esas casas leprosas, esos adoquines pegajosos, esos gritos vulgares, ese olor infecto y persistente... Desde que se había alejado de la orquesta callejera, la realidad se imponía, y sentía asco a la vez que compasión por la pobre gente que vivía allí.

«Ya me apiadaré más tarde, porque si no, o me desmayo o me pongo a trabajar para la beneficencia. No he venido por esto. Pero qué barrio... Pobre gente... Solo mi padre podía investigar en sitios como este y después volver a casa, cambiarse y cenar como si no pasase nada».

A Edwina Green no le gustaba que su marido hablase de su trabajo, a pesar de que les daba de comer, incluso muy bien. Los Green tenían una bonita casa en Jordan Crescent. No era muy grande (tenía siete habitaciones principales), pero era una casa coqueta, con jardín y hasta con una torre octogonal en un extremo. La zona por la que erraba ahora Penelope, entre Spitalfield y Whitechapel, no tenía ni jardines ni torres octogonales. Todas las calles se parecían. Penelope siguió avanzando valientemente esperando que, contra toda lógica, en medio de aquel laberinto surgiese milagrosamente Foxglove Court.

Le lanzaban miradas de reojo, torvas y hostiles. De repente se dio cuenta de que había sido muy imprudente. Sin embargo, el cochero la había advertido...

«Es nuestra vida, nuestro barrio. ¿Qué pinta usted aquí?», parecía pensar aquella gente.

«Voy a tener que volver por donde he venido», acabó pensando tras veinte minutos de vagabundeo inútil.

Un grupo de niños la seguía, esperando que reparase en ellos y les diera algo de dinero.

Por fin, se decidió a abordar a una mujer que andaba en dirección opuesta.

–¿Foxglove Court, por favor? –le preguntó.

–Por ahí –le respondió la mujer con un tono ronco y un movimiento de barbilla que no indicaba ningún lugar.

«Nada», pensó Penny.

Volvió a hacer la misma pregunta a otras mujeres que, en el mejor de los casos, le lanzaron miradas heladoras e indicaciones imposibles.

Los clientes de los pubs buscaban un puerto donde calmar su insaciable sed de ginebra, las mujeres intentaban encontrar a sus maridos borrachos, las prostitutas echaban un trago para infundirse valor entre cliente y cliente, los niños pululaban por doquier.

–¿Alguien puede decirme dónde está Foxglove Court? –imploró Penny a quien pudiera oírlo.

Inmediatamente se formó un círculo en torno a ella. Algunos hombres se acercaron peligrosamente.

–No la queremos aquí. Ni en Foxglove Court tampoco. Váyase a su casa, porque si no...

Penelope se apoyó en el muro mugriento, con la mirada desorbitada.

Su corazón se puso a latir a toda velocidad.

Se acordó de su madre cuando le hablaba sobre el peligro de las clases bajas, cuando temblaba de miedo siempre que su marido se ponía ropa vieja y sucia para ir de incógnito al East End. Se acordó de lo que le habían dicho acerca de los pobres y de los obreros: siempre eran peligrosos; todos eran unos depravados y unos viciosos. Incluso los niños más pequeños. Así que había que evitarlos siempre que fuera posible, y si uno se cruzaba con ellos, había que ignorarlos. Como mucho, se les podía dar una limosna, como acto de caridad, pero siempre distanciándose, para que entendiesen las diferencias. Y pensar que se había olvidado de todo aquello... Le gritaron y la

insultaron, se rieron de ella con bromas crueles. Entonces notó que algo la rozaba. Cerró los ojos y apretó los dientes con todas sus fuerzas, tragó saliva.

Su investigación sobre Foxglove Court se le olvidó por completo. El cochero tenía razón, igual que los otros, los que decían que una mujer no podía ser periodista. Era terrible pensar que tenían razón.

Una mano férrea la agarró del brazo hasta hacerla gritar y la zarrandeó. Ocultó la cabeza con la mano libre. Le tiraron del sombrero, se le deshizo el moño, la trenza le colgaba por la espalda.

-¡Déjenme en paz! -gritó-. ¡No les he hecho nada!

Los gritos se hicieron más fuertes y agresivos, y Penny pensó que nunca saldría de aquella trampa. La mano la seguía agarrando del brazo como un torno, provocándole una sensación horrible, como si fuera a desmembrarla.

-¿Qué ocurre aquí? -dijo entonces una voz atronadora.

La algarada aumentó.

-Dejadme pasar -ordenó la voz con un tono cortante y autoritario.

El hombre que agarraba a Penny la soltó de inmediato, dejándole una marca negra en la manga. La muchedumbre se calmó rápidamente y se abrió, dejando paso al recién llegado.

Era el acordeonista de la orquesta. No andaba. Iba sentado en una caja de madera con asas que transportaban dos hombres jóvenes.

-¿Qué pasa aquí? -repitió.

-Una chica de la alta sociedad que viene aquí para humillarnos -dijo un ser demacrado y gris.

El acordeonista miró atentamente a Penny.

-La reconozco -dijo después de unos segundos-. ¿Qué quiere usted?

-Encontrar Foxglove Court -dijo Penny con una voz casi inaudible.

-¿Qué? -tronó el acordeonista.

Los latidos del corazón de Penelope eran tan fuertes que casi no oía sus propias palabras.

–Encontrar Foxglove Court –repitió ella, apenas más alto, fro-tándose el brazo dolorido.

El músico se volvió hacia los que la habían asaltado.

–Dejad a la chica tranquila –dijo lentamente–. Me cae bien. Que-ría que le enseñase a tocar.

La tensión desapareció como por milagro. Penny suspiró, ali-viada. Estuvo a punto de llorar. Aquel cabecilla parálitico de los barrios bajos la había defendido, y todo porque le había gustado su música.

–Gracias –susurró ella.

–Ahora, dispersaos. Y pensad que es mi protegida...

Los curiosos se marcharon lentamente, cada uno por su lado. Penelope, apoyada en la pared, recobraba poco a poco la calma.

–Señorita –dijo el hombre cuando Penny se hubo tranquilizado–, tiene que saber que aventurarse por este lugar ha sido muy impru-dente por su parte. Hay mucha gente pobre y honrada en el East End, pero también hay maleantes, asesinos y proxenetas que la hubiesen raptado, mujeres que habrían querido desfigurarla...

–Oh... –dijo Penny escondiendo la cara entre las manos.

–Ahora nadie le hará daño. Aquí tengo cierta influencia. Pero no hay que abusar. La acompañaremos de vuelta.

–Pero... –dijo Penny.

–Ah, sí, es verdad. Está buscando Foxglove Court –dijo el parálitico, y ordenó a sus porteadores que reanudasen la marcha–. ¿Puedo preguntarle por qué? Quizás pueda ayudarla.

–Es por... por una... una investigación. Soy... soy periodista... –farfulló Penny.

–¿Periodista? ¡Qué interesante! –señaló el músico–. ¿Y piensa us-ted investigar en Foxglove Court?

–Eso es. ¿Puede llevarme hasta allí?

-No, señorita. Cuando le he dicho que la acompañaría, me refería a la parada de coches.

Penny suspiró aliviada. En el fondo, lo prefería. Recogió su sombrero, se arregló rápidamente el moño y siguió a los porteadores del inválido.

-Pero si quiere continuar investigando, vuelva mañana, sobre mediodía, a la plaza donde nos ha visto antes. Alguien la llevará hasta allí. Después, tendrá usted la amabilidad de venir a hablar conmigo. El mundo tiene que venir a mí; soy muy curioso. ¡Una periodista, quién lo iba a decir! ¡No me lo quiero perder!

-Será... un placer... -balbuceó Penny, impresionada y agradecida a la vez.

-El Canario la acompañará.

Señaló al músico que se encontraba detrás de él.

¿El Canario? Ah, sí, el joven que había indicado el paralítico sería su guía.

El pequeño grupo atravesó rápidamente el laberinto de calles y llegó al pasaje por el que había entrado Penelope. Era como una frontera donde el grupo se paró en seco.

-La parada de coches está cerca, a su derecha, señorita -dijo el hombre señalando al final del túnel-. Así que... hasta mañana.

Penelope hizo un gesto amable con la cabeza y, sin estar realmente segura, dijo:

-Claro. Hasta mañana.

Después se adentró penosamente en aquel pasaje que antes había cruzado con tanto entusiasmo, atraída por la música.

Había salido del East End. Se apoyó contra la pared que parecía separar esa ciudad del Londres corriente. Una vez que se hubo tranquilizado, no se precipitó hacia los coches, sino que entró en un modesto salón de té como si fuese su salvación. Después de beberse una tetera entera y dos *scones*, esos panecillos dulces tan ricos, se sentía mejor. Solo entonces se dirigió a la parada. El crepúsculo se extendía sobre la ciudad.

Saltó al interior del coche, intentando mostrarse muy segura de sí misma, y dio la dirección al cochero.

Pero allí dentro, ahora que todo había pasado, Penelope Green se sentó sin fuerzas, como una medusa que hubiera sido arrojada a la arena de la playa.

CAPÍTULO 2

Penelope metió la llave en la cerradura y, en cuanto entró en casa, se quitó el vestido manchado por la mano grasienta y negra del hombre que la había agredido. Los dedos de hierro habían dejado un moratón en su piel. Se puso ropa limpia y se calentó un pastel de carne que le había dejado la cocinera.

Después de comer casi sin darse cuenta, se acurrucó, pensativa, en el sofá y se preguntó si iba a continuar su carrera de periodista. El *Early Morning News* era un periódico muy respetado entre la profesión. Cualquier periodista consideraba un honor publicar sus artículos en él, sobre todo si eran artículos de investigación.

Pero su incursión en el East End había hecho que su determinación se tambaleara. No solo por la miseria que rezumaba cada centímetro de aquel lugar, sino también porque no había sabido desenvolverse. En resumen, durante su tarde allí había escuchado las melodías de una orquesta callejera, la habían agredido y no había avanzado ni un ápice en su investigación.

No se hacía ilusiones. Tenía que cambiar. Aunque no estaba perfectamente preparada, ni física ni moralmente, podía imaginarse la cantidad de problemas y tormentos que le esperaban. Sabía redactar con facilidad, buscar documentos, encontrar información. Pero ¿y disfrazarse, maquillarse, pasar inadvertida entre gente de vida dudosa, lograr que confesasen aquellos que no querían hablar?

–En fin –se dijo en voz alta–. Medio día en un barrio de Londres y me lo tengo que replantear todo...

Desgraciadamente, no sabía cómo curtirse y adquirir esas nuevas competencias. Y quién sabe si además tendría que aprender a utili-

zar un cuchillo o incluso un revólver, a deshacer nudos, a enfrentarse a los malhechores. Le faltaban la seguridad y el temple necesarios para moverse con soltura sobre el terreno.

–Bueno –dijo–. Después de todo, siempre podré ofrecerme para escribir las páginas femeninas del periódico.

Las páginas femeninas, esas toneladas de moda, consejos de belleza, recetas de cocina, buenos modales y ecos de sociedad. No sería muy difícil, pero sí muy aburrido. Se trataba de algo de buen tono, nada peligroso. «Podría ser la solución», pensó Penny, no sin tristeza.

Entonces sonó la campanilla de la entrada. Penelope se levantó y echó un vistazo a la calle. La señora Hillier y el joven Wilfrid Hillier, su hijo de veintisiete años, estaban allí.

«Horror», pensó Penny, brutalmente arrancada de sus pensamientos.

Haciendo de tripas corazón, se forzó a sonreír y abrió la puerta.

–Señora Hillier, Wilfrid. ¡Qué sorpresa tan agradable!

–Estábamos de paso por el barrio –dijo la estirada y elegante señora Hillier–, y hemos pensado en venir a ver cómo estaba.

–Qué amable por su parte –dijo Penelope haciéndolos pasar hasta el salón–. ¿Es demasiado tarde para un té? ¿O prefieren ustedes quedarse a cenar? Puedo improvisar algo...

Penny manejaba perfectamente los códigos de la buena sociedad.

–No se moleste usted por nosotros, querida –respondió la señora Hillier con un tono agudo.

–No queremos ser una molestia –insistió su hijo.

Wilfrid Hillier, con la cara alargada y pálida y la mirada un poco miope, era uno de los pretendientes de Penny. El más asiduo, de hecho. Lo había rechazado ya tres veces, pero ella supuso que ahora que era huérfana, él creería conveniente repetir su propuesta, con el apoyo de su madre como carabina.

–Querida Penelope –empezó a decir cogiéndole las manos–. Temo que su reciente duelo sea demasiado difícil de soportar. La soledad es...

-Oh, han venido ustedes a distraerme un poco.

-Hemos venido a hacerle compañía -siguió la señora Hillier-. Y a brindarle los consejos que necesita una joven como usted. En primer lugar, ¿cómo se encuentra?

-Lo mejor que se puede esperar, apenas pasados tres meses de la muerte del último miembro de mi familia.

-Pero no lleva usted luto -señaló la señora Hillier con afectación.

-*Ya* no lo llevo -respondió Penelope, molesta por el comentario hiriente-. Mi propio padre me suplicó que no lo hiciera. Le desobedecí los dos primeros meses, pero ahora, para cumplir su última voluntad, he vuelto a ponerme mi ropa cotidiana.

-Es poco habitual -susurró la señora Hillier-. Y un tanto chocante, la verdad. Lo propio sería que respetase el duelo por lo menos durante un año.

-Mi padre me lo prohibió.

-Ya veo...

El hijo interrumpió esta reflexión materna, que pretendía ser comprensiva pero que tenía un significado muy distinto:

-Miss Penelope, ¿no se siente usted terriblemente sola en esta gran casa?

-Le agradezco su preocupación, Wilfrid, pero la soledad no me entristece.

-Pero es tan triste... Necesita usted protección...

-¿Protección?

Penny nunca había visto las cosas de ese modo.

-Wilfrid, miss Green ya lo sabe.

-Tendrá que pensar usted en casarse, creo -prosiguió, imperturbable, Wilfrid Hillier.

«Ya empezamos», pensó Penny.

-Oh, no tengo prisa alguna.

-Pero no puede usted vivir aquí sola, sin hacer nada...

–¿Sin hacer nada? ¿Qué le hace pensar que no hago nada? Me estoy preparando para ser periodista.

–¡¿Periodista?! –exclamaron al unísono madre e hijo.

Si Penny hubiese hablado de convertirse en minero, bailarina de la danza de los siete velos o buceadora, hubiesen reaccionado con la misma estupefacción.

–¡Periodista! ¿Qué dice usted, Penelope? –exclamó Wilfrid-. Es tan poco femenino...

–Era el deseo de mi padre –afirmó Penny refugiándose otra vez en la voluntad paterna, lo que le resultaba muy útil-. Él fue quien me formó. Y en su lecho de muerte me habló de los casos que no había tenido tiempo de terminar.

Ahí también Penny se tomaba ciertas libertades con respecto a la estricta verdad, pero bueno, en el fondo...

–Penny, jeso es intolerable! –prorrumpió Wilfrid-. El señor Green nunca hubiera debido... Seguramente no calculó... Es usted una joven tan... tan...

–De todos modos, ahora, querida joven, poco importa eso –intervino la señora Hillier-. La vida sigue. Existe una lógica natural. Está usted sola y necesita un guía, un protector.

–Un esposo... –completó Penny.

–Exactamente.

–Por ello, miss Penny –dijo Wilfrid Hillier arrodillándose-, tengo el honor de renovar la proposición que en su día le hice a su padre.

–Oh, Wilfrid –levántese, por favor-. No puedo responderle por el momento, como usted comprenderá.

–Mi notario ha consultado con el suyo –añadió la señora Hillier como si nada, mientras su hijo se volvía a sentar en el sofá limpiándose discretamente el pantalón.

«¿Quién le ha dado permiso para eso?», pensó Penny.

–Para los trámites, ¿comprende? Sus bienes, su dote... Es su tutor y puede ayudarnos con los formalismos.

-Por supuesto -dijo Penny esforzándose por no explotar-. ¿Pero se imagina usted casado con una periodista, querido Wilfrid?

Su tono era ligeramente irónico.

-Sea razonable, Penny. Sabe usted bien que tiene que renunciar inmediatamente a esa locura.

-¿Renunciar? Jamás -respondió ella melodramáticamente llevándose la mano al corazón-. He retomado la última investigación de mi padre, y sepan ustedes que, cueste lo que cueste, la terminaré. Siento que estoy hecha para esto. Siento decepcionarle, Wilfrid. Y además, no quiero casarme. No por el momento, en cualquier caso. Si me lo permite, prefiero disfrutar un poco más de mi libertad.

-Necesita los consejos de una persona con experiencia -intervino la señora Hillier-. Yo soy mujer, puede usted confiar en mí, y debe escuchar los consejos que puedo ofrecerle como amiga.

-Por supuesto, señora Hillier. Y se lo agradezco. Pero sigo reivindicando mi vocación de periodista.

La señora Hillier se puso de pie inmediatamente.

-Muy bien, señorita Green. Tengo la impresión de que nuestra visita no es de su agrado.

-Yo no he dicho eso. Son ustedes muy amables por haber venido, pero no me gustaría renunciar a mi proyecto, a pesar de lo que ustedes piensen.

Wilfrid también se levantó, un poco incómodo, y le dedicó a Penny una sonrisa ambigua. Madre e hijo se dispusieron a irse. La señora Hillier había adoptado una expresión que indicaba descontento.

-Vámonos, Wilfrid. Espero que la señorita Green entre pronto en razón.

Penelope, que en ningún caso quería parecer descortés, les dijo mientras se marchaban:

-Les agradezco que se hayan tomado la molestia de venir a visitarme. Les agradezco sus consejos y su proposición, querido Wilfrid. Le prometo pensar en todo ello seriamente. Pero les ruego que me den un poco más de tiempo.

Penelope cerró la puerta y se apoyó con todo su peso en ella.

-¡Uf! -dijo para sí-. ¡Yo, renunciar al periodismo! ¡Casarme con ese lechuguino de Wilfrid! ¡Ni loca! Y ya que estamos, ¿por qué no escribir artículos mundanos o recetas de cocina? Ahora que me espera el misterio de Foxglove Court... Mañana mismo volveré al East End e interrogaré al acordeonista paralítico.

La mera perspectiva de una eterna proposición de matrimonio del larguirucho Wilfrid y, peor aún, de convertirse en nuera de la estirada señora Hillier, le habían hecho cambiar de opinión.

Nunca sería una chica buena. Ella sería periodista.

CAPÍTULO 3

10 de abril

Mientras Penelope se acostaba decidida a continuar su investigación, a algunas millas de allí, el *Nicanor*, aprovechando la marea, remontaba el Támesis y entraba en el puerto de Londres para descargar sus mercancías procedentes del otro lado del mundo: té, especias, porcelanas chinas y sedas. El *Nicanor* había hecho un viaje de dieciséis meses y medio, pero no podría zarpar de inmediato porque tenía algunas averías. Debían revisarlo y estaría en dique seco durante un tiempo indeterminado, lo que fastidiaba bastante a sus armadores, pero mucho menos a sus marineros.

Los miembros más fiables de la tripulación, alegres e impacientes, recibieron la paga y la autorización para bajar a tierra por la tarde. La mayoría de los marineros se apresuraron hacia los pubs, tugurios y demás lugares de vicio que abundaban en los puertos, dispuestos a gastarse su paga en cerveza, ginebra y mujeres. Cyprien Bonaventure tenía unos veinte años y algo más de seso en la mollera que sus compañeros, así que prefirió no malgastarlo todo de esa forma. Beber un trago de vez en cuando estaba bien, pero gastárselo todo en ocho días para tan poca cosa le parecía absurdo. Siempre que podía, a él lo que le gustaba era conocer lugares, pasearse y curiosear. Desembarcó con sus compañeros, contento de pisar tierra firme. Se tomó una pinta con ellos en el pub, pero enseguida se largó de allí. Willard, que lo vigilaba desde que habían desembarcado, no se dio cuenta de cómo se le había escapado. Willard era otro marinero del *Nicanor*, tiñoso y falso, que había apostado un puñado de pepitas de oro con Cyprien y las había perdido. Y no se lo perdonaba.

Pero Cyprien había conseguido despistarlo en el primer pub. Después de haberse librado de aquel personaje inmundo, Cyprien ardía en deseos de aprovechar su escala en Londres. Libre como el aire, se fue en busca de una habitación para unos días. Todo el East End londinense estaba lleno de reductos sórdidos donde, en el mejor de los casos, se hacinaban seis o siete personas para dormir directamente sobre el suelo. «Algo confortable no me vendría mal», se dijo. Así que buscó un lugar en el que poder olvidar temporalmente la vida a bordo, la inmundicia, la humedad y la falta de intimidad. Se moría por un poco de limpieza y de privacidad. Su lujo era poder estar solo durante unos días. Y si además las sábanas estaban blancas y limpias, sería el colmo del bienestar.

Dejando los muelles tras de sí, avanzó por los barrios comerciales leyendo los carteles de los escaparates: «Busco niñera», «Vendo perro guardián», «Deshollinador barato», «Cuido niños». Abundaban los anuncios escritos con faltas de ortografía en papel de embalaje y pegados de cualquier manera. Por fin leyó: «Se alquila habitación. Se aceptan marineros». La casa era alta y estrecha; el escaparate, oscuro y poco agradable, mostraba retales de franelas oscuras y otras telas en tonos grises. Los tejidos perfectos para los señores serios. Empujó la puerta y se oyó un leve tintineo amortiguado por los paños que llenaban las estanterías desde el suelo hasta el techo. El color más vivo era el marrón con rayas finas. Todas las demás telas eran negras o grises.

El tendero, ocupado con sus cuentas, levantó la cabeza, un tanto sorprendido. ¿Vendría aquel hombre a hacerse un traje?

–¿En qué puedo ayudarle? –preguntó.

–Vengo por el anuncio de la habitación –respondió Cyprien.

–Ah, bueno, entiendo. ¡Señora Figgis!

De la trastienda salió una mujer. Tenía aspecto austero, un moño pequeño y un rostro que parecía haber olvidado hacía mucho tiempo lo que era una sonrisa.

–¿Sí, señor Figgis? –dijo ella con voz aguda.

–Este señor pregunta por la habitación –respondió Figgis, volviendo a concentrarse en sus cuentas y desentendiéndose de la conversación.